

La Puerta seguía entonces doble juego con Egipto; el embajador de Alemania en Constantinopla le había aconsejado que no intentase nada en el Cairo, sin previa inteligencia con Inglaterra y Francia; por esto dejó que Arabí se proclamase defensor del Sultán contra los extranjeros y al mismo tiempo excitó al khedive á que se desprendiera de un ministerio rebelde. Docil, el khedive, negóse á recibir á los notables y rompió con sus ministros. La escuadra anglo-francesa tenía orden de trasladarse á Alejandría, cuando Arabí y el Khedive, indecisos y cobardes, se reconciliaron el 14 de mayo, por iniciativa del cónsul general de Francia. Modificado el envío de su escuadra, las dos potencias habían invitado á Turquía á abstenerse de toda demostración análoga. Al día siguiente, Turquía respondió reivindicando la soberanía de Egipto, «parte integrante del imperio otomano,» y notificando á los ministros del khedive que consideraba sus actos como anticonstitucionales. Arabí, como si le hubiesen advertido secretamente de que tales amenazas no eran formales, resistió á los cónsules que le aconsejaban que presentase la dimisión y activó los preparativos de resistencia á una intervención extranjera.

Salta á la vista la falta que los anglo-franceses habían cometido excitando al khedive á ceder: éste había perdido toda autoridad, Arabí se mostraba más arrogante que nunca, y Egipto y Europa se acostumbraban poco á poco á la perspectiva de una intervención de la Puerta. Una gestión desacertada del Sr. Sienkiewicz y de sir E. B. Malet precipita los acontecimientos. Apoyados por la escuadra combinada, estos agentes piden en 25 de mayo el destierro de Arabí. El agitador protesta contra la ingerencia de los extranjeros en los asuntos egipcios, presenta su dimisión y apela á la Puerta. Su dimisión no era más que un fingimiento: el khedive, amenazado de destitución, cede al partido revolucionario (27 de mayo), Arabí vuelve triunfante al ministerio (28) y sir E. B. Malet aconseja al khedive que se dirija á la Puerta, en nombre de la cual Arabí pretendía obrar, y que le pida el envío á Egipto de un comisario turco.

Esta vez los cónsules no habían obedecido á sus inspiraciones personales, como en 14 de mayo. Sus gobiernos estaban al corriente de todo, puesto que al día siguiente, 29 de mayo, los embajadores de Francia y de Inglaterra en Constantinopla requirieron al Sultán para que interviniese en el Cairo por vía de representación; puesto que Francia propuso el 31 la reunión de una Conferencia europea para un cambio de impresiones sobre las cuestiones de Egipto, y puesto que, el mismo día, los embajadores de las grandes potencias en Constantinopla apoyaron el paso dado el 29 por los representantes de Francia y de Inglaterra.

El 1.º de junio, la Cámara francesa se halló en presencia de aquella situación, que había cambiado por completo en quince días y trastornaba un poco á los que no habían seguido de muy cerca los asuntos exteriores, y fué llamada á emitir su opinión acerca de la política del gobierno, á quien interpeló por segunda vez Delafosse. Los errores y desaciertos de Freycinet eran manifiestos: se había cuidado poco de los intereses franceses en Egipto, á los ojos de los partidarios de una política más activa, como Gambetta y sus amigos; se había comprometido demasiado, á los ojos de los

partidarios de la abstención á toda costa, como Clemenceau y los miembros de la izquierda radical; había rechazado y reclamado sucesivamente la intervención turca y se había equivocado, en fin, sobre el carácter, la influencia y la autoridad del partido nacional y de Arabí.

Delafosse, que no veía para las dificultades más solución que la intervención turca, reprochó á Freycinet que la hubiese combatido largo tiempo, al punto de hacerla ineficaz el día en que fuese necesaria, y este día había llegado. El ministro contestó que en vano había tratado de llegar á una solución por medio del concierto anglo-francés y por medio del concierto europeo, y añadió que no consentiría jamás en una expedición militar francesa. Al oír esta declaración, Gambetta se precipita á la tribuna para reprochar al ministro que sacrifica la dignidad de Francia. Freycinet replica que no consentirá en una acción *aislada* de Francia, pero que aceptará su parte de «cargas, responsabilidades y decisiones,» si la conferencia se las impone. Ribot pregunta si de la conferencia se aceptará todo, hasta la abrogación de los firmanes de 1873 y 1879. Freycinet contesta que la independencia de Egipto será protegida. Clemenceau, que ha venido á la sesión dispuesto á votar en favor del gobierno, no puede hacerlo después de lo que ha oído: pide la orden del día pura y simple, que es desechada por 299 votos contra 169, y una orden del día de confianza, propuesta por Sadi-Carnot, reúne 282 votos contra 67; 187 diputados de abstienen de votar aquella política de abdicación y debilidad.

Ocupan el mes de junio las fastidiosas negociaciones relativas á la Conferencia, las vanas discusiones de Constantinopla, el dramático acontecimiento del día 11 en Alejandría y las interpelaciones de Tenot, Casimir-Perier y Lockroy en París.

El 1.º de julio, París y Londres invitan á los gabinetes de las grandes potencias á que reunan sus embajadores en conferencia en Constantinopla, para arreglar la cuestión egipcia. Todos los gabinetes aceptan, menos Turquía que, el día 3, notifica á las potencias el envío de Dervich Pachá á Egipto con la misión de restablecer el orden y afianzar al Khedive. Dervich llega el 7 á Alejandría, gana el Cairo, y 300 europeos son degollados el 11 en Alejandría. Entre las víctimas hay 4 franceses. La escuadra anglo-francesa, que se hallaba fondeada en la rada, nada hizo para evitar el degüello. Interrogado en la Cámara y en el Senado, Freycinet, sin dejar de deplorar el accidente, lo redujo á las proporciones de una riña entre nacionalidades enemigas. Al día siguiente, Mancini reveló á la Cámara italiana que las *Cuatro* no verían sin cierta envidia la preponderancia de las *Dos* en Egipto. En Londres la oposición conservadora reivindicó altivamente para Inglaterra la facultad de obrar sola, en bien de sus intereses. En Egipto Arabí envió tropas á Alejandría; Dervich y Tewfick se trasladaron á esta ciudad con los cónsules generales y los interventores, sin tranquilizar á los europeos, que se refugiaron á bordo de los buques fondeados en la rada.

En vista de que Turquía se negaba á tomar parte en la Conferencia, las potencias prescindieron de ella. ¿Qué instrucciones había recibido el representante de Francia en Constantinopla, señor marqués de Noailles? Ca-

simir-Perier lo preguntó el 22 de junio á Freycinet, que contestó con evasivas. El Sr. de Noailles trabajaría, de acuerdo con las potencias, en favor del *statu quo*, y Francia se separaría del concierto europeo, si su dignidad lo exigía. Al día siguiente, 23 de junio, la Conferencia celebró su primera reunión, mientras Inglaterra y Francia autorizaban á sus cónsules generales para que saliesen del Cairo, donde Dervich había instalado el 17 un nuevo ministerio, presidido por Ragheb Pachá, con Arabí en el departamento de la Guerra. El 28, lord Dufferin propuso á la Conferencia que se confiase el restablecimiento del orden en Egipto á un cuerpo de tropas otomanas combinadas con tropas inglesas y francesas, y si Turquía no obraba, Inglaterra tomaría sus decisiones. Turquía, inquieta, mostróse dispuesta á entrar en relaciones con la Conferencia; pero, fiel á su política dilatoria, se abstuvo de dar una contestación inmediata.

En los puertos del Mediterráneo se armaban buques con febril actividad, y Freycinet, interrogado sobre aquellos armamentos, el 26 de junio y el 6 de julio, contestó á Lockroy que Francia debía prepararse á todas las eventualidades. El 8 de julio, pidió á la Cámara una apertura de crédito destinado á cubrir aquellos armamentos. ¿A qué obedecían? Nunca estuvo Freycinet tan oscuro en las explicaciones que dió á la Cámara. No se trataba más que de tomar «una medida de precaución, de prudencia, de previsión.» De todas maneras, el Parlamento sería consultado.

Se acerca el desenlace: no nos detengamos mucho en los últimos incidentes de esta triste historia. El 11 de julio, exactamente un mes después de la matanza de Alejandría, la flota inglesa, de la cual acaba de separarse la flota francesa, bombardea la misma ciudad de Alejandría. El 15, la Conferencia invita á Turquía á intervenir en Egipto; el 17, recibe de Francia y de Inglaterra una petición encaminada á asegurar la protección del canal de Suez; el 19, la Puerta se adhiere á la Conferencia, y, el 26, acepta el principio de la intervención en Egipto: era demasiado tarde; Inglaterra negóse, el 30 de julio, á evacuar Egipto para hacer puesto á las tropas turcas. Las tergiversaciones de Freycinet, durante la última quincena de julio, la habían decidido á obrar sola.

Estas tergiversaciones fueron señaladas y puestas de relieve por la discusión que se abrió en la Cámara, el 18 de julio, sobre los créditos destinados á los asuntos de Egipto. Todos los oradores criticaron la conducta del ministro de Negocios extranjeros. Este, sin defenderse por lo pasado, afirmó una vez más que no quería comprometer el porvenir, que no pedía á la Cámara su consentimiento para ninguna acción. Tratábase únicamente de poner la escuadra en buen estado. En tales condiciones, nadie podía negarse á votar, y los créditos fueron concedidos por 424 votos contra 64, para ser inmediatamente sometidos á la ratificación del Senado.

El ponente de la comisión senatorial, Sr. Scherer, proponía que se votaran los créditos, pero formulaba una serie de cargos contra el gobierno. Después de este dictamen, después de los discursos del duque de Broglie y de Waddington y después de la concesión de los créditos por 205 votos contra 2, el gabinete quedaba herido de muerte: aún vivió cuatro días. El ponente del

Senado y Waddington, al lamentarse de que Freycinet no hubiese seguido la misma línea que Gambetta, se habían mostrado favorables á una política de acción. ¿Fué la actitud del Senado la que modificó las disposiciones de la Cámara y despertó sus antiguas animosidades contra Gambetta y contra la política *aventurada*? La comisión de la Cámara, llamada á dictaminar sobre nueva demanda de crédito de 9 millones, para el envío de 4.000 hombres de marina que debían ocupar exclusivamente el antiguo istmo de Suez, desecha sucesivamente la no intervención, la intervención y los créditos. En el debate que se abrió el 29, el diputado radical, Sr. Achard, y Freycinet fueron los únicos que defendieron los créditos. El ministro de Negocios extranjeros sostuvo la tesis de que la protección del canal por Francia no tenía nada de inquietante para el mantenimiento de la paz y planteó la cuestión de confianza. Los Sres. Laisant, Langlois y Madier de Montjau atacaron los créditos por unos mismos motivos: no se sabía de dónde se partía ni adónde se iba á parar. Clemenceau resumió en estas palabras su opinión: «¿Es la paz? No, puesto que se envían tropas. ¿Es la guerra? No, puesto que no van á batirse.» Nadie contestó al *leader* de la extrema izquierda. Circularon las urnas y 417 votos contra 75 derribaron al gabinete del 30 de enero. La caída de Freycinet era mucho más profunda que la de Gambetta.

No hemos mencionado en su fecha, 25 de abril, un acontecimiento que había de tener ulteriores importantes consecuencias: la ocupación de Hanoi por un cuerpo de tropas francesas. El caso es que las órdenes en virtud de las cuales se operó dicha ocupación fueron dadas por el gabinete del 14 de noviembre.

Hemos visto, pues, que el *gran ministerio*, el que contenía á todos los jefes de la República, á excepción de Gambetta; el ministerio sobre cuya duración, solidez y trabajo se habían fundado tantas esperanzas, había vivido menos de seis meses y mal vivido. Sólo queda en su activo la ley de 28 de marzo de 1882, tan justamente celebrada por M. Mundella. Todas las demás reformas esperadas y reclamadas por la democracia, las ensayó el segundo gabinete Freycinet, pero abortaron todas. Sin duda, la Cámara es en parte responsable de aquel abortamiento, pero el gabinete no supo disciplinar ni dirigir á la Cámara, y en el ministerio, Freycinet era particularmente impropio para el cargo de presidente del Consejo. Su maravillosa inteligencia, su prodigiosa habilidad de palabra, su incansable laboriosidad le permitieron prestar señalados servicios en funciones subalternas; pero su indiferencia en materia de política pura y su escepticismo debilitaron de antemano su autoridad, y sin autoridad es imposible dirigir el pequeño grupo de colegas que forman un ministerio, y más imposible todavía dirigir á las grandes reuniones de hombres que constituyen una asamblea. Sin embargo, cuando ocurría una crisis ministerial y era necesario confiar la constitución de un nuevo gabinete á un hombre que no fuese absolutamente antipático á nadie, que fuese aceptado por la izquierda y por la derecha, que á unos y á otros pareciese la menos mala de las situaciones, se echaba mano inevitablemente de Freycinet. Desde el momento que éste se encargaba del poder, cesaba de haber gobierno; pero ciertos parlamentarios

se acomodaban muy bien con aquella especie de anarquía. Sin embargo, cuando esta anarquía había durado seis meses ó un año, enervando al poder ejecutivo y al poder legislativo; cuando se habían inferido cruces heridas al prestigio de Francia; cuando su renombre se hallaba comprometido, los mismos parlamentarios que habían aplaudido á la subida de Freycinet y habían obtenido de él todo lo posible, olvidábanse de pronto de su papel de protectores altivos, para convertirse en los adversarios más desdeñosos, en los enemigos más declarados. El 23 de septiembre de 1880, Freycinet había bajado del poder con alguna dignidad; el 29 de julio de 1882, fué derribado por casi toda la Cámara. Su segundo ministerio había durado seis meses, sin que ninguno de sus actos de gobierno se prestase á la apología.

## XI

Después de la caída del gabinete del 30 de enero, el presidente de la República llamó sucesivamente á Freycinet, á Julio Ferry y á Brisson. El primero contestó que la Cámara se le había declarado demasiado hostil, para que él pudiese encargarse nuevamente del poder. Julio Ferry se declaró solidario de sus colegas del 30 de enero, y Brisson prefirió conservar la presidencia de la Cámara. Ante la negativa de los jefes del partido republicano, Julio Grevy, después de haber pensado en Leblond, en Tirard, en Decrais, en Courcel y en Billot, acabó por apelar á un hombre político de menos importancia. Ministro durante algunas semanas en 1848, dedicado en tiempo del imperio á grandes empresas industriales, Duclerc había entrado en la Asamblea nacional en 1871 y luego en el Senado en 1876. Durante diez años de una vida política algo obscura, había prestado servicios con su profundo conocimiento de los negocios, conquistándose el aprecio de republicanos y conservadores. Duclerc consiguió lo que otros más conocidos no hubieran logrado y, el 7 de agosto, quedó constituido el nuevo gabinete.

El presidente del Consejo se encargó de la dirección de los Negocios extranjeros que había de ser casi una sinecura, en la situación creada á Francia por la política de su antecesor y por el voto de 29 de julio. La cartera de Gracia y Justicia y de Cultos fué confiada á Devés, presidente de la izquierda republicana. La del Interior pasó á manos de un republicano suelto, Fallieres. De la de Hacienda se encargó un diputado de la izquierda pura, Tirard. El general Billot y el vicealmirante Jaureguiberry se encargaron respectivamente de las de Guerra y Marina. La Instrucción pública y Bellas Artes se confió á un especialista, Duvaux, ex profesor del liceo de Nancy, que había llamado la atención por la competencia y buen sentido desplegado como ponente del presupuesto de este ministerio. La cartera de Obras públicas fué entregada á un republicano radical, Herisson, con la misión difícilísima de impedir la ampliación desmedida del plan de Freycinet. El Sr. de Mahy se encargó del ministerio de Agricultura, Pedro Legrand del de Comercio, y Cochery permanecía firme en el de Correos y Telégrafos. El 13 de septiembre, los Cultos, segregados de Gracia y Justicia, fueron agregados al Interior, cambiando por tercera vez de ministerio en un solo año.

Casi todos los nuevos ministros habían figurado, en 29 de julio, en la minoría de los 75. Una vez más el presidente del Consejo se había encontrado en la imposibilidad de formar el nuevo gabinete apelando exclusivamente á la mayoría que había derribado al gabinete anterior. Devés y Cochery habían formado parte del ministerio Gambetta, y su presencia, como la de algunos subsecretarios, indicaba una nueva tendencia hacia la unión republicana, una tendencia evidente á apoyarse en ella más bien que en la izquierda radical. Duclerc había llevado la conciliación hasta el último límite posible dando una cartera á Herisson; pero no ofreció nada más á la extrema izquierda, que le negó su concurso desde el primer día. El gobierno había pedido á las Cámaras, antes de que se cerrasen, el voto de las cuatro contribuciones directas; la extrema izquierda se abstuvo, y este retorno á la lógica y á la verdad parlamentarias fué el primer servicio prestado por el nuevo gabinete. Hombres y grupos volvían á ocupar su verdadero puesto.

El programa ministerial, leído el día antes, había sido muy breve. Una frase sobre la política exterior, dos sobre la política interior y nada más. El negar los créditos pedidos para el Egipto no es abdicar, decía Duclerc. Indudablemente la mayoría que había votado contra el gabinete el 30 de enero no había entendido abdicar toda acción exterior; pero su voto condenaba á Francia á asistir, impotente y muda, á los acontecimientos que se desarrollaban en Egipto. Respecto al Interior, el gabinete prometía, sin salir de vaguedades, esforzarse en hacer prevalecer las soluciones liberales y progresivas, y anunciaba su propósito de trabajar en pro de la unión de las diversas fracciones de la mayoría. De esta mayoría había de excluirse la extrema izquierda.

El Senado, como siempre, acogió el manifiesto ministerial con más confianza que la Cámara y no escatimó el voto de las cuatro contribuciones directas. Durante todo el período de la crisis había procedido, sin apresuramiento, pero no sin pasión, al voto en segunda deliberación de la ley sobre los sindicatos profesionales, que había de pasar aún por muchas discusiones y cambios antes de ser promulgada. El principio de la ley no era seriamente contestado, pero el Senado no admitía la intrusión de elementos ajenos en los sindicatos, ni las intrusiones de los sindicatos en el dominio de la política.

Desde el 9 de agosto hasta el 10 de noviembre, la opinión, desilusionada de las altas esperanzas que había concebido después de las elecciones generales, parece seguir los acontecimientos con escepticismo lleno de desaliento, como si ya no esperase medidas reformadoras, ni política consecuente, ni estabilidad ministerial. Las sesiones de los Consejos generales nunca habían sido tan tranquilas; consagrándose exclusivamente á las cuestiones económicas, las diputaciones provinciales parecían protestar contra la agitación estéril, contra las mezquinas intrigas de la Cámara de diputados.

A falta de acontecimientos más importantes, se discutió hasta la saciedad una carta en que Duclerc decía á un diputado amigo suyo, que la división es la muerte de las mayorías parlamentarias; que este axioma era aplicable sobre todo el partido republicano, por cuanto la única disciplina de que éste es capaz es la disciplina

voluntaria; que si no se imponían esta disciplina, podrían renunciar á constituir el gobierno republicano, y que el partido vencedor que no saca de sí mismo las fuerzas necesarias, está condenado á dejar de existir.

Indudablemente, la disciplina es una condición de vida para una mayoría; pero la unión, la consecuencia y la firmeza de miras en un ministerio no son menos necesarias para que éste revista autoridad, y el gabinete Duclerc, con su incontestable buen deseo, carecía de autoridad y de decisión. No se le puede reprochar habilidad alguna en presencia de las manifestaciones anarquistas de Montceau-le Mines y de Lyon; en cambio son de extrañar sus vacilaciones y sus timideces en presencia de las manifestaciones radicales del Consejo municipal de París ó del prefecto del Sena, Sr. Floquet, partidario decidido de la alcaldía central. Obligado á presentar su dimisión de diputado, después de su nombramiento de prefecto, Floquet, que echaba de menos su puesto parlamentario, aprovechó la ocasión de una vacante en los Pirineos Orientales para presentar su candidatura. Su manifiesto electoral se acercaba más al programa de la extrema izquierda que al programa ministerial. La extrema izquierda, por boca de Clemeuceau, pedía entonces, como *mínimum*, la supresión del Senado, la elección de los jueces, la separación de la Iglesia y del Estado y la instrucción íntegra para todos. ¿Era admisible que uno de los principales funcionarios del Estado pudiese formular reivindicaciones de semejante naturaleza, valiéndose, si no del patronato oficial, al menos de su título de prefecto del Sena. El gobierno dejó prosperar la candidatura de Floquet; esperó con paciencia que éste fuese elegido diputado y presentase la dimisión de su cargo gubernativo, y lo reemplazó por Oustry, prefecto del Ródano.

A fines de octubre y á principios de noviembre se operó un importante movimiento diplomático. El señor de Michels fué enviado á Madrid, en substitución del Sr. Andrieux, cuya misión temporal no podía sobrevivir al gabinete del 30 de enero. El Sr. Lefebvre de Bechaine fué enviado al Vaticano y Luis Legrand á la Haya. Decrais dejó la dirección de la política para ir á representar á Francia en el Quirinal. Su nombramiento y el del general Menabrea como embajador de Italia en París restablecían corteses relaciones entre ambos gobiernos. Pascal Duprat fué nombrado ministro en Chile y Desprez volvió á encargarse de la dirección superior de los archivos del ministerio de Negocios extranjeros con el título de inspector general.

En Túnez, donde se había temido la repercusión de los sucesos de Egipto y una recrudescencia del fanatismo musulmán, la sumisión hacía, por el contrario, rápidos progresos: cada día, nuevas tribus, refugiadas en Trípoli, pedían indulto y volvían al territorio de la Regencia. Súpose al mismo tiempo que la reorganización marchaba por buen camino, pero se supo por el *Times*, que publicó el análisis de un tratado secreto, concluido el 10 de julio anterior, entre Francia y el bey, para la abolición de las capitulaciones y la extinción de la deuda. El tratado con Mohamed es Sadock conservaba naturalmente su validez bajo el gobierno de su hijo y sucesor, Si-Alí, que pasó á ser bey el 28 de octubre.

Mientras Francia parecía dormir, después de la agitación febril de 1881, Inglaterra, en medio de las

más graves complicaciones interiores, en plena crisis agraria, recogía los frutos de la abstención francesa. La opinión pública era tan imperiosa allende el canal de la Mancha, que Gladstone se veía obligado á extender aún más aquel imperio colonial cuyas enormes dimensiones temía.

El 30 de julio, menos de veinticuatro horas después del voto de la Cámara de diputados, mientras se preguntaban en París quién recogería la sucesión de Freycinet, lord Dufferin declaraba en Constantinopla, á los embajadores de las potencias y á la Puerta, que Inglaterra se consideraba encargada de restablecer el orden en Egipto. Tres días después, las primeras tropas inglesas de las Indias desembarcaban en Suez, sin que las Cuatro (Alemania, Austria, Italia y Rusia), que habían manifestado el propósito de asegurar la protección colectiva del canal, levantasen la sombra de una protesta. Inglaterra no hizo objeción alguna á aquella protección colectiva, puramente platónica, que había de dejar el campo libre á sus operaciones. La diplomacia había tomado al pie de la letra la frase de Bismarck, *ni veto ni mandato*, y seguía tranquilamente adelante, sin el temor quimérico de complicaciones europeas que había paralizado la acción de Francia. En París, la política se hallaba todavía en el período de las recriminaciones estériles: los radicales no podían admitir que su voto del 29 de julio produjese sus consecuencias lógicas; colmaban entonces de elogios hiperbólicos á Lesseps, presidente del Consejo de administración del Canal de Suez, que se había establecido en Egipto, obteniendo de Arabí la libertad de la navegación por el canal. Esta libertad fué asegurada, en efecto, y la satisfacción pueril de la prensa francesa duró hasta que los acontecimientos fueron tan claros que las personas menos avisadas tuvieron que renunciar á toda ilusión.

Del 29 al 20 de agosto, sir Garnett Wolseley desembarcó en Puerto-Said; ocupó los establecimientos de la Compañía de Suez é interrumpió durante algunos días la navegación por el canal, á pesar de las protestas de Lesseps. Asegurando prudentemente su marcha y procurando aislar á Arabí antes de atacarlo, Wolseley obtuvo pequeñas ventajas el 25 de agosto en Ramsés y el 25 en Gasasín, en el canal de agua dulce que va de Zagazig á Ismailia.

Wolseley daba tanta importancia á las operaciones diplomáticas como á las operaciones militares; negociaba con Arabí, como habían de demostrarlo los acontecimientos, y negociaba con Tewfik, que proclamaba á Arabí rebelde y constituía con Cherif y Riaz Pachá un ministerio favorable á los ingleses. No era menor el éxito alcanzado por lord Dufferin en Constantinopla: la Conferencia quedaba aplazada. Solos en presencia del sultán, los ingleses habían conseguido de él que declarase á Arabí insurrecto y rebelde. La Puerta había concedido esta declaración á lord Dufferin, con la esperanza de decidirlo á firmar el convenio militar que había de arreglar la intervención de Turquía en Egipto. Pero, una vez obtenida la declaración, lord Dufferin rompió las negociaciones: la acción militar común había terminado.

El 13 de septiembre, cinco días después que el sultán hubo abandonado á Arabí, sir Garnett Wolseley tomó á Tell-el-Kebir sin resistencia, avanzó hasta Zagazig,